

piadosa india y que en su lenguaje no había encontrado otro término para calificarlo que el familiar de «hacer comadre á la Santísima Virgen».

Aconteció, pues, que le naciera muerta una criatura. Hasta entonces era la primera desgracia que le sucedía de esta naturaleza; y afligida, pero animada de la confianza y de la fe que suele inspirar el amor cuando se busca á Dios de corazón, manda que lleven la criatura á los pies de la Santísima Virgen, con este recado: que pues hasta entonces había sido comadre de todos los hijos que le habían nacido vivos, si no quería resucitar al que le había nacido muerto, lo fuera también del que era cadáver. Fe maravillosa, que hizo que se cumpliera en ella lo que Jesucristo promete en el Evangelio, cuando dice que nada hay imposible al que cree. Apenas el niño había sido colocado á los pies de la Santísima Virgen, cuando desplegando los párpados, extiende los bracecitos como alargándolos á María. El padre del niño, que en persona lo había llevado, cae prosternado de rodillas delante de la Sagrada Imagen, sin atreverse en su asombro á dar crédito á lo que veían sus ojos. El pintor que grabó en el lienzo este prodigio, no encontró otro medio de representar las circunstancias de él, que colocando el niño de la india resucitado y sentado en el brazo derecho de la Santísima Virgen, de suerte que aparece la benignísima Señora con dos niños, el suyo santísimo en la izquierda y el de la india en la derecha.

Fácil es comprender que con tales prodigios se propagase rápidamente el culto de la sagrada imagen, y que para su fiesta, que es el 21 de Noviembre, día en que la iglesia celebra la Presentación de la Santísima Virgen en el templo de Jerusalén, acudiese apiñada multitud de gente, dos Canónigos enviados por el Cabildo

eclesiástico y tres jesuitas (1). Después de la Misa solemne se organizaba la procesión, que recorría la espaciosa plaza de delante del templo, acompañando á la imagen infinidad de devotos con cirios encendidos.

En una de estas procesiones sucedió un hecho notable, que se reprodujo en los años sucesivos. Estando á la puerta de la iglesia notaron los fieles que las nubes amenazaban descargar copiosa lluvia. Un rato quedaron indecisos dudando si convendría sacar el anda; pero al fin se resolvieron á salir. Cayó en efecto fuerte aguacero que inundó los campos; pero sin duda la Virgen dirigía con su mano poderosa las nubes, pues no cayó en el área de la plaza una gota de agua, volviendo los concurrentes á la iglesia tan secos como habían salido. Al año siguiente se presentaban también las nubes amenazadoras; pero con la experiencia de lo sucedido en la fiesta anterior, salieron sin miedo, y esta vez un fuerte viento barrió las nubes y quedó el día claro y sereno. Desde entonces hasta el presente jamás las lluvias han sido obstáculo para organizar la procesión.

María se ostenta Reina de los elementos. Y bien lo atestigua Quito. Cada vez que prolongadas sequías agostan los campos, amenazando á los habitantes con la pobreza y otras calamidades, es llevada la santa imagen á la ciudad, y no se cita un solo caso en que no haya obtenido el suspirado beneficio.

### III.

#### INGRATITUD Y CASTIGO

Catorce ó dieciséis años habían trascurrido apenas

(1) Ignórase el motivo por el cual se celebra la fiesta el 21 de Noviembre. Los autores creen que sería quizás por especial devoción del cura ó de los indios, ó porque en ese día verían las avechetas que revoloteaban al rededor de la imagen.

desde que la Santísima Virgen se hallaba entre los oyacachis, y este breve espacio de tiempo había sido suficiente para que cambiase el aspecto de sus bosques. Ni la aspereza de los caminos, ni la distancia habían sido poderosos para detener las caravanas de peregrinos que alegraban aquellas breñas con el canto de las Letanías y otras preces en honor de la Madre de Dios. Se había formado un pueblecito, en que las chozas de los indios rodeaban el santuario, que se alzaba con su blanca torre en uno de los costados de la plaza. Sonora campana, tocada al caer de la tarde, resonaba en esas soledades convocando á la gente á la oración y al recogimiento. María habitaba en medio de su pueblo derramando bendiciones, como el Arca de la Alianza bendecía en otro tiempo á la casa de Obededón. Mas ¡ay! que es muy voluble el corazón humano. Un hecho criminal é ingrato vino á poner término á tanta felicidad, volviendo á sepultar á los oyacachis en su antiguo estado de salvajes, del que iban saliendo con el roce de la gente que afluía al santuario, y á privarlos para siempre de la que con sus beneficios iba convirtiendo aquellas breñas y soledades en una especie de paraíso.

El cacique ó gobernador del pueblo vivía muy apenado porque no tenía hijos en su matrimonio, que fuesen el báculo de su vejez y los herederos de su escasa fortuna. Acudió con firme confianza á la Santísima Virgen, y al poco tiempo su esposa dió á luz dos robustos gemelos. En el frenesí de su alegría quiso celebrar con gran magnificencia la ceremonia del bautismo, é invitó á la fiesta á los indios amelizas sus vecinos y amigos, porque le pareció poco que los oyacachis sólo participasen de los regocijos. Ambas tribus eran cristianas; pero conservaban ciertos resabios de idolatría, debido quizás á que no estaban bien instruidos en la religión.

Apenas habían pasado cincuenta años desde que fue-

ron subyugados, y los sacerdotes eran muy escasos, de modo que se dejaba sentir en alto grado la falta de catequesis. Debía existir, pues, en el fondo de su corazón cierta simpatía por sus antiguos ídolos, ya que las aficiones y hábitos de la infancia difícilmente se borran. Con el calor del vino y del baile se les excitaron los nervios, se les ofuscó la razón, y las pasiones se desbordaron. Olvidaron todo lo que debían á la Madre de Dios, y el ingrato cacique no se acordó siquiera que cuanto celebraba era beneficio suyo, pues por su valimiento había merecido tener sucesión su infecunda esposa. Cogieron una cabeza de oso, que acostumbraban adorar antes de convertirse á la fe, la colocaron sobre una mesa á modo de altar, y la adornaron ¡oh refinada malicia! con los mismos vestidos de la Virgen. Luego empezaron á danzar delante del ídolo y á prestarle los inicuos cultos que antes les eran familiares. Imitaron á los israelitas, que, cuando más favorecidos estaban de la mano munificentísima del Señor que les había sacado de la ominosa esclavitud de los egipcios, adoraron al becerro de oro que se habían labrado con sus propias manos.

Pero Dios, que es largo en misericordias, también es severo en castigar; y si condenó á veintitrés mil hebreos á morir al filo de la espada, también retiró sus misericordias especiales de los oyacachis, pues hizo que en lo más alegre del festín quedasen muertas las dos criaturas del cacique. Y pasó más adelante el castigo, pues los privó de la sagrada imagen que había sido su consuelo y la alegría de sus antiguas soledades. Llegó á Quito la noticia de las terribles abominaciones, y al puntó se levantó de todos los pechos un grito general de protesta é indignación, y acudieron al señor Obispo, diciéndole que los oyacachis con sus idolatrías se habían hecho indignos de poseer á la Santísima Virgen. El

Prelado, que lo era el Ilmo. Sr. D. Fray Luis López de Solís, decretó en 1604 que la imagen milagrosa fuese trasladada al pueblo antiguo de Quinche, cuyo párroco, el Licenciado D. Diego de Londoño, había trabajado con más empeño para que se repararan los agravios inferidos á la Madre de Dios. Después de haber residido catorce ó dieciséis años en Oyacachi, salió de aquel lugar la imagen veneranda que tantas gracias había allí derramado. Con esta ausencia aquella tierra volvió á su antigua soledad; sus montañas y bosques no fueron frecuentados sino por algunos traficantes en maderas. Los habitantes, sin embargo, disipados los vapores del alcohol, conocieron su desgracia, la lloraron, confesaron que justamente los hería la mano del Señor, y jamás han olvidado á su amada Virgen, pues hasta el presente la visitan en el santuario del Quinche, le ofrecen dones y reciben los santos sacramentos de la Penitencia y Eucaristía.

## IV

## EL SANTUARIO DEL QUINCHE

Al ser trasladada la imagen de la Santísima Virgen del territorio de los oyacachis, fué colocada en el templo del antiguo pueblo del Quinche, distante quince cuadras (1) del actual. Veintiséis años estuvo allí; pero como el concurso de fieles aumentase cada vez más, y fuese insuficiente el santuario para contenerle, el Ilustrísimo Obispo de Quito hizo construir otro más espacioso y elegante, que es el que actualmente existe, aunque con notables modificaciones. El Prelado se lla-

(1) Cuadra es una medida lineal de América que equivale á 125 metros ó 150 varas.

maba Fray Pedro de Oviedo, monje de San Bernardo, trasladado á la diócesis de Quito desde la de Santo Domingo en la isla Española, y más tarde preconizado Arzobispo de Charcas, de la cual silla no llegó á tomar posesión por haber fallecido en el camino.

En 1630 empezóse la fábrica del nuevo templo; y despertó grande entusiasmo en Quito, pues los unos erogaban limosnas y los otros acudían á prestar servicios personales, sobre todo para cortar maderas en los bosques de Oyacachi.

Á este propósito un historiador refiere lo siguiente: «aconteció que uno de los que habían venido de la ciudad é iba montado, asustándose el caballo, cayó, y estrellándose contra el suelo, quedó tan mal parado del golpe, que lo tuvieron por muerto. El suceso tuvo lugar en la plaza: los que lo presenciaron, tomándole en brazos y sin pensar en otros auxilios, lo llevaron á los pies de la Santísima Virgen, que la tenían allí como sobrestante de la obra, para que con su celestial presencia animara á los que trabajaban por su amor; pues no era posible que esa poderosa y agradecida Madre dejase morir de aquella manera á quien, por ocuparse en su servicio, le había sobrevenido tan terrible trance; ya que en ocasiones semejantes tantos prodigios había obrado en favor de sus servidores, y ni antes se dijo, ni después se podrá decir que haya una sola vez dejado de favorecer á los que, empleados en su obsequio, se han visto en serios peligros de la vida. No los engañó, en efecto, su confianza; y el que habían tenido ya por cadáver, comenzó á dar señales de vida; y luego, poniéndose en pie con general estupor, se encontró sin la menor señal de herida ni el más leve maltratamiento.» Este suceso influyó sin duda para que la obra se acabase pronto y resultase bella y elegante, sobre todo si se consideran la época en que se hizo y lo que dista de la capital el sitio en que se levantó.

Hízose de adobe, y bastante capaz. Sus dimensiones son 63 metros de largo, por 9 de ancho, y 9'50 de alto. La torre cuadrangular, de 33 metros de elevación y 8 de ancho por lado, es esbelta, y no sería indigna de la capital: está fabricada de cal y ladrillo. En el interior se la decoró con esmero. El altar, de estilo churrigueresco, conforme al gusto de la época, está recargado de adornos caprichosos. El techo, artesonado, tiene relieves dorados; los muros están cubiertos de cuadros, algunos de ellos de indisputable mérito artístico. Forman dos galerías; la primera representa episodios de la vida de la Santísima Virgen, y está colocada en el presbiterio hasta el arco del crucero; la segunda ocupa toda la nave y se compone de cuadros que representan los milagros más notables de la Santísima Virgen del Quinche, entre los cuales figuran todos los que hemos recordado en estas páginas. El camarín de la Virgen, que mide 9 metros de largo por 7 de ancho, es de construcción más moderna. Se acabó en 1797 á expensas de la esposa de don Luis Muñoz de Guzmán, presidente de la Real Audiencia de Quito, en gratitud de haberla sanado milagrosamente una enfermedad en que los médicos la habían desahuciado.

Concluído el nuevo santuario, las casitas del antiguo Quinche se fueron trasladando á su derredor, quedando aquél reducido á escombros, y hoy forma espaciosa dehesa.

Como en el Ecuador son frecuentes y espantosos los temblores de tierra, que cuarteán y derriban los edificios mejor cimentados, el templo del Quinche no ha dejado de experimentar sus fatales efectos. Uno de los terremotos más desastrosos fué el de 1868, llamado por antonomasia el de Imbabura, por haber asolado esa hermosa provincia, reduciéndola á escombros hacinados sobre millares de cadáveres. Cayó la torre, y en su caída

arrastró el coro con sus dos tribunas; vino también á tierra la sacristía; el órgano, que se consideraba de los mejores del Ecuador, y los ocho altares laterales quedaron hechos astillas. Grandes eran los perjuicios que debían repararse; pero la Santísima Virgen se encargó de alentar la confianza con prodigios, de los cuales recordaremos los tres siguientes, acreditados por testigos fidedignos, algunos de los cuales viven todavía.

Al derrumbarse la torre cayó la campana mayor, que pesa 70 quintales, sobre la cúpula del bautisterio, que era de solo ladrillo. Naturalmente debía haberla aplastado, pues para ello bastaba un peso diez veces menor. Así permaneció más de un año quizás por las dificultades de poderla levantar en el aire. Al cabo de este tiempo se oyó un ruido estrepitoso. Acudieron muchas personas á informarse de lo ocurrido, y hallaron que la campana se había de suyo enderezado. Esto hizo que se activasen las obras, entre ellas la de la torre.

Iba ya la obra más arriba de las ventanas del campanario, cuando un indio, llamado Juan Cadena, que subía cargado con tres ladrillos, que en el país llaman *mambrones* y son los que se emplean en obras de mampostería, se le quebró el andamio y se descolgó de la torre abajo por el lado del cementerio. Los ladrillos se hicieron añicos al llegar al suelo; y el indio, que debía naturalmente haber quedado estrellado, se levantó en el acto sin la más leve contusión.

Á este prodigio se siguió otro, que un testigo ocular bajo la religión de juramento declaró con estas textuales palabras: «En el Quinche, cuando se construía el frontispicio del templo de Nuestra Señora, ocurrió el milagro siguiente: hallábase al rematar la obra, en la que trabajaba un albañil, llamado Mijares, con algunos peones, cuando notó un desplome de todo lo trabajado; avisó inmediatamente á los peones del peligro que corrían:

éstos eran José Montenegro y José Venegas. Éste comenzó á bajar inmediatamente por una escalera, debiendo advertirse que eran tres pisos los del andamio que debía bajar; mas sin tener tiempo para nada, se desplomó, y todo lo construído vino abajo. Venegas pudo abrazarse de una viga más elevada; y Montenegro, que estaba más arriba, cayó debajo de todos los materiales de construcción con todo lo trabajado; refiriendo éste que en ese momento la palizada formó una especie de casuchita, se abrió de suyo la puerta de la iglesia, que á todos constaba que se encontraba cerrada, y conociéndose libre é ileso, penetró en ella y corrió á prosternarse á los pies de la Santísima Virgen. Los habitantes de la plaza que presenciaron aquel tremendo espectáculo, volaron á favorecer ó sacar los muertos de debajo de los escombros; pero pasando por encima de dichos escombros, encuentran la puerta abierta, entran á la iglesia, y ¡qué asombro! lo ven hincado de rodillas, juntas las manos, dando gracias á su libertadora».

Quedó concluída la reparación del santuario casi dos años después del terremoto, merced á las limosnas que recogió la Virgen en sus peregrinaciones, á las provincias del norte, á las erogaciones voluntarias de los fieles y al contingente del trabajo personal de los obreros. Todos, hasta los niños, querían contribuir con su óbolo á reconstruir la casa de su augusta Patrona. Hubo quien se desprendió de doscientos pesos, que eran todo su capital, adquirido en varios años de economías y á costa del sudor de su frente. Hoy el santuario tiene una hermosa fachada de ladrillo, un templete y nicho hermosos para la Virgen, dos órganos construídos en el país. Lástima que los cuadros de los milagros se hayan deteriorado en gran manera por haberlos tenido guardados en lugares húmedos, y que al colocarlos no se hubiese seguido el orden cronológico que tenían antes. Algunos

por desgracia desaparecieron, que eran documentos auténticos para escribir la historia del templo y del culto de la Santísima Virgen del Quinche.

## V

## PORTENTOS GENERALES

Desde que María quedó instalada en su santuario del Quinche, ha sido el remedio de los ecuatorianos en las calamidades públicas. Principalmente se ha experimentado su patrocinio en guerras, epidemias y terremotos.

En cuanto á lo primero baste citar lo que ocurrió el año 1863. Á consecuencia de haber invadido el ejército colombiano el territorio del Ecuador, hubo de declararse la guerra. La suerte fué favorable á los colombianos, pues los batallones de su presidente, don Tomás Cipriano Mosquera, derrotaron á los del Ecuador, capitaneados por el anciano general don Juan José Flores, lugarteniente del insigne García Moreno, primero en Tulcán y después en Cuaspud. Pero cuando se temía que el caudillo vencedor, que tantas lágrimas había hecho derramar á la iglesia de Colombia y había perseguido á su cercano pariente el Arzobispo mártir de Bogotá, cometiera los mismos desmanes en Quito y se incautara de las alhajas de las iglesias, se retiró en buena hora y sólo exigió ligera contribución por gastos de guerra. Todos atribuyeron este resultado á la protección de la Virgen del Quinche ardientemente invocada por los quiteños.

Siendo presidente del Ecuador el general José María Urbina, el pueblo del Quinche manifestó su aversión á la política liberal y antirreligiosa del gobierno. Urbina, cegado por el odio y el orgullo, envió un jefe de su cama-